

**LA IDEA MARXISTA SOBRE LA “ESENCIA” FASCISTA EN EL  
LIBERALISMO  
Aníbal Romero  
(2004)**

1. Marxismo y fascismo

El desafío teórico y práctico del fascismo de los años veinte y treinta del siglo pasado ocasionó enormes problemas al marxismo. Desde un punto de vista teórico, los marxistas se encontraron ante un fenómeno complejo y poco apto para las explicaciones simplificadoras, sin embargo, en su mayoría, los pensadores marxistas de la época, y otros posteriormente, sucumbieron al impulso de encasillar rígidamente los movimientos fascistas dentro de los esquemas tradicionales del marxismo ortodoxo. Por otra parte, en el terreno de la práctica política, el fascismo se abalanzó como un inconenible huracán sobre el movimiento obrero y las organizaciones de izquierda en Italia y Alemania, demoliendo un esfuerzo de décadas y transformando radicalmente las expectativas que por mucho tiempo se había trazado la dirigencia revolucionaria.

En líneas generales, los teóricos marxistas vieron al fascismo como una de las formas en que se expresan las contradicciones del capitalismo, y que asume ese sistema para contener y derrotar a la clase trabajadora, sus estructuras organizativas y aspiraciones políticas. En términos más específicos, los marxistas argumentaron que el fascismo era resultado de las contradicciones del período en que el capitalismo adquiere carácter monopolista, hallando obstáculos crecientes tanto para su expansión externa como en el plano doméstico en cada país. Lo que, no obstante, dejaban de explicar los marxistas era, por ejemplo: ¿por qué Italia y Alemania, mas no Estados Unidos o Inglaterra? Otra interrogante crucial tenía que ver con la naturaleza de movimiento de masas del fascismo, y la relativa facilidad con que logró imponerse sobre los vastos y bien estructurados aparatos políticos que la izquierda había construído a lo largo de años de dedicación y sacrificio. Para los

marxistas —como lo sintetizó Horkheimer en frases célebres: “Quien no quiera hablar del capitalismo debe también guardar silencio en lo que se refiere al fascismo”<sup>1</sup>. en otras palabras, sin capitalismo no hay fascismo. Ahora bien, ¿por qué no todo capitalismo origina un fascismo?, y, ¿qué es lo específico del capitalismo, o de algunas formaciones capitalistas, que generan movimientos fascistas con posibilidades de hegemonía total? El intento de ubicar los orígenes del fascismo en un sustrato capitalista era cómodo en el plano teórico, pero no necesariamente iluminador. Los marxistas enfatizaban que el fascismo, a la vez de conquistar el poder político y asumirlo dictatorialmente, procuraba igualmente preservar las bases económicas y sociales de la sociedad anterior, no sólo permitiendo la continuación de las contradicciones entre producción social y privada, sino reestructurando las cosas hacia la profundización de las relaciones de explotación, a favor del capital más “depredador” y contra los intereses fundamentales de la clase trabajadora. Esta caracterización fue en su momento excesivamente simplificadora, y aun no da cuenta de las significativas modificaciones socioeconómicas impulsadas por los movimientos fascistas en el poder, en particular por el nazismo hitleriano.<sup>2</sup> La pretensión de agotar teóricamente al fascismo con la exclusiva referencia a su inserción en economías capitalistas dejaba mucho que desear, muchos aspectos inexplorados, numerosos espacios sin adecuada interpretación.

Autores marxistas como August Thalheimer, para citar un caso, se concentraron en el proceso de toma del poder político y de concentración del mismo en el ejecutivo, sobre la figura carismática de un Duce o un Fuhrer, y siguiendo los lineamientos expuestos por Marx en su famosos ensayos sobre Luis Bonaparte y en torno a la experiencia sociopolítica francesa entre 1848 y 1850.<sup>3</sup> De

---

<sup>1</sup> Citado por G. E. Rusconi, **Teoría Crítica de la Sociedad** (Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1969), p. 162.

<sup>2</sup> Consúltense al respecto estas obras recientes, Michael Burleigh, **The Third Reich. A New History** (New York: Hill & Wang, 2000), y el impresionante estudio de Rainer Zitelman, **Hitler. The Policies of Seduction** (London: London House, 1998).

<sup>3</sup> Karl Marx, **Surveys from Exile** (Harmondsworth: Penguin Books, 1973), pp. 35-249

acuerdo con el esquema de Thalheimer, el triunfo del fascismo implicaba que en determinada coyuntura de agudización de las crisis, la burguesía admitía que la preservación de su poder socioeconómico hacía necesario ceder el poder político directo, colocarlo en manos de los movimientos fascistas, y concentrarlo en manos “seguras”. El fascismo, de acuerdo con Thalheimer, constituía una de las formas de ejercicio de la dictadura explícita de la burguesía. No era la única, pero sí tal vez la más feroz.<sup>4</sup> Este aspecto clave sobre el radicalismo del fascismo estuvo en el centro del análisis que hizo Trotsky del fenómeno, que se distinguió por su lucidez frente a los desvaríos, equívocos y fatales errores interpretativos acerca del fascismo por parte del movimiento comunista “oficial” de los años veinte y treinta, encarnado en la Tercera Internacional y Stalin. A diferencia de estos últimos, que por un tiempo vieron en el fascismo una manifestación de la presunta “decadencia” y virtual desaparición progresiva del capitalismo, Trotsky percibió con extraordinaria perspicacia la fuerza avasalladora de la amenaza que se perfilaba en el horizonte europeo de la época para la clase obrera y sus organizaciones políticas. El ex-jefe del Ejército Rojo, perseguido y acosado por sus enemigos a las órdenes de Stalin, no abrigó jamás dudas sobre la naturaleza profundamente radical del fascismo-nazismo, y acerca del destino que cabía esperar para la izquierda bajo los nazis, que en este caso no sería otro que la destrucción total del movimiento obrero alemán. Por lo tanto —argumentaba desde su exilio a partir de finales de los años veinte— era necesario unir esfuerzos para cerrarle el camino al fascismo y eliminarle antes de que fuese demasiado tarde.

Según Trotsky, era sencillamente una locura negar —como lo hacían los stalinistas de la Tercera Internacional— la diferencia entre la llamada “democracia burguesa”, con sus libertades limitadas pero libertades al fin, y el fascismo, calificándoles a ambos como formas parcialmente diferentes pero “en

---

<sup>4</sup> El principal estudio de Thalheimer sobre el tema es resumido por De Felice en su obra, **Les interprétations du Fascisme** (Paris: Editions des Syrtes, 1971), pp. 74-76, y por Rusconi, ob cit., pp. 164-169

esencia” similares de la misma opresión capitalista. Sostener que “en última instancia no hay diferencia entre los social-demócratas y los fascistas” era, escribía Trotsky, lo mismo que afirmar que “no hay diferencia entre un enemigo que engaña y traiciona a los trabajadores y un enemigo que simplemente quiere matarlos.”<sup>5</sup> En una democracia parlamentaria era posible la negociación y la convivencia social y política, así como el mantenimiento de organizaciones autónomas de la clase obrera: sindicatos, asociaciones, partidos políticos, con una prensa libre y con amplia libertad de acción. El fascismo significaba el fin de todo esto, el cese de la negociación entre las clases y grupos sociales y la liquidación de cualquier forma de poder independiente de la clase obrera. El enemigo número uno eran Hitler y los nazis, y era criminal por parte de la dirigencia de la Internacional y del partido comunista alemán apearse a la postura política stalinista que escindía a comunistas de socialdemócratas, debilitando así de manera decisiva el movimiento obrero y abriendo a los nazis la vía de la victoria.

Con notable clarividencia Trotsky visualizó las características radicales y totalitarias del fascismo-nazismo, su sed destructiva y su revolucionaria voluntad de llevar hasta el fin los principios de odio que proclamaba. Sus escritos de los tempranos años treinta son como clarinadas de alarma que todavía hoy impresionan. Ya en 1931 Trotsky escribía que “Una victoria del fascismo en Alemania significa inevitablemente una guerra contra la Unión Soviética”,<sup>6</sup> como en efecto ocurrió una década más tarde. Pero Stalin y sus acólitos tardaron demasiado en reaccionar y caer en cuenta de cuán peligroso era Hitler realmente. Sólo en julio de 1935, con los nazis ya sólidamente instalados en el poder, el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista celebrado en Moscú cambió la estrategia política, hasta entonces ejecutada por la organización frente

---

<sup>5</sup> Leon Trotsky, **The Struggle against Fascism in Germany** (Harmondsworth: Penguin Books, 1975), p. 56

<sup>6</sup> Ibid., p. 90

a la amenaza nazi-fascista, acojiéndose ahora a una de “frente amplio” o “frentes populares” con base en la unidad entre todas las fuerzas “progresistas”.

La catástrofe política que significó el triunfo del fascismo en la Europa de los años veinte y treinta —cabe enfatizarlo— se patentizó no solamente en el terreno de la práctica sino también en el de la teoría. Los pensadores marxistas, encerrados en sus dogmas y limitados por sus compromisos, se dedicaron a establecer una conexión directa entre fascismo y capitalismo democrático-liberal, argumentando que el primero tan sólo ponía de manifiesto la verdadera “esencia” del segundo, con la consecuencia concreta de vulnerar las murallas de resistencia democráticas ante la amenaza radical de movimientos que, si bien nacían del seno de sociedades capitalistas, representaban un proyecto profundamente distinto al del liberalismo, y encarnaban motivaciones de muy diversa índole.

## 2. El Behemoth anti-liberal.

El fin de la democracia alemana, el triunfo de Hitler y la construcción del nuevo Estado nazi planteó nuevos retos a los teóricos marxistas. Los aportes de ese tiempo tienen una calidad desigual, mas entre ellos destaca la monumental obra de Franz Neumann, cuyo título, “Behemoth”, evidencia de entrada un honda raíz hobbesiana.<sup>7</sup> En este lúcido estudio Neumann se preocupa fundamentalmente por las vulnerabilidades que afectan la concepción liberal en el marco de una democracia de masas, sometida a la conflictividad social y al impacto de crisis económicas capaces en determinadas coyunturas de desmembrar los pactos sociales y producir el quiebre del Estado. Neumann tenía en mente la experiencia de la democracia alemana de Weimar y su destrucción por el radicalismo político, pero su aspiración en el libro es trascender ese caso

---

<sup>7</sup> Me refiero al libro de Hobbes, publicado luego de su muerte y titulado también: **Behemoth, or the Long Parliament** (Chicago & London: The University of Chicago Press, 1990). En la escatología hebrea, Behemoth y Leviatán son nombres que designan monstruos, uno gobierna la tierra y otro el mar, y son figuras del caos.

histórico y ubicar nítidamente su indagación sobre el principio de que “toda teoría constitucional no es sino una ilusión, a menos que la acepten las fuerzas decisivas de la sociedad.”<sup>8</sup> A Neumann le interesa el problema hobbesiano del orden, la creación de un esquema de convivencia estable garantizado por la vigencia de una autoridad clara y firme. Un orden semejante no puede sustentarse meramente en normas sino en acuerdos previos que reflejan la verdadera “correlación de fuerzas” en la sociedad, y de la cual las normas son meras expresiones codificadas. Una Constitución, dice, “es algo más que su texto legal, es también un mito que exige lealtad a un sistema de valores eternamente válido.”<sup>9</sup> Los pactos sociales, desde luego, requieren una base principal de acuerdo, una fundamental armonía entre los componentes del cuerpo social, no obstante “como la sociedad es en realidad antagónica, la doctrina pluralista tiene, tarde o temprano, que quebrar.”<sup>10</sup>

En esta obra, Neumann admite la teoría de Carl Schmitt sobre la presunta incompatibilidad entre el liberalismo y la democracia, pues “La democracia aplica el principio de que existe una identidad entre gobernantes y gobernados. Su sustancia es la igualdad (y la homogeneidad, AR) y no la libertad.” Según Neumann (y Schmitt), a partir de la Revolución Francesa, la base de la democracia ha sido la homogeneidad nacional, y fue Rousseau quien articuló esta noción, al postular que la homogeneidad nacional significa unanimidad. En tal sentido, “...las libertades civiles y los derechos inalienables constituyen la negación de la democracia...pues la teoría del contrato social significa que el ciudadano, al celebrar el contrato, entrega sus derechos a la comunidad.”<sup>11</sup> Dejando de lado la polémica en torno hasta qué punto la interpretación de

---

<sup>8</sup> Franz Neumann, **Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo** (México: Fondo de Cultura Económica, 1983), p. 24

<sup>9</sup> Ibid., p. 25

<sup>10</sup> Ibid., p. 27

<sup>11</sup> Ibid., pp. 63-64. Estas ideas provienen de Carl Schmitt, a quien de hecho Neumann menciona. Véase el estudio de Schmitt, **Sobre el parlamentarismo** (Madrid: Editorial Tecnos, 1996), pp. 12-22

Rousseau que hacen Neumann y Schmitt es atinada o no, lo importante de resaltar para nuestros propósitos es el contraste que Neumann establece entre esta concepción de la sociedad como una masa homogénea, como un “cuerpo moral y colectivo” —en palabras del propio Rousseau—,<sup>12</sup> y de otro lado el planteamiento hobbesiano de acuerdo con el cual el interés egoísta de cada cual puede, en cierta medida, mantener unida a la sociedad, en tanto que el Estado permanece como sumatoria de voluntades individuales, aunque sus miembros carezcan de una finalidad común.<sup>13</sup> El impulso central de este libro de Neumann se propone señalar las grietas y deficiencias de la perspectiva liberal en tiempos de democracia de masas y de mitos políticos homogeneizadores. No obstante, en su detallada caracterización del Estado nazi, Neumann admite la radical ruptura de este último con la tradición liberal. El “Behemoth” nazi, sostiene, no fue propiamente un Estado sino una especie de “no-Estado”, casi por completo desprovisto de racionalidad jurídica, sustentado en el poder carismático y regido por sus prerrogativas.<sup>14</sup>

Este reconocimiento de Neumann es muy superficial y limitado. En realidad, el eje de su pensamiento en este ámbito se dirige a mostrar que el autoritarismo fascista pone de manifiesto un “núcleo irracional” o esencia original del liberalismo, presente supuestamente en la deficiente fundamentación de la doctrina liberal sobre la soberanía. Sus argumentos, expuestos con mayor detalle en otra obra,<sup>15</sup> se desprenden de un análisis de Hobbes como presunto “precursor” del liberalismo,<sup>16</sup> en función de un iusnaturalismo que planteaba la

---

<sup>12</sup> Jean-Jacques Rousseau, **Del contrato social-discursos** (Madrid: Alianza editorial, 1996), p. 23

<sup>13</sup> Neumann, p. 125

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 516

<sup>15</sup> Franz Neumann, **The Rule of Law: Political Theory and the Legal System in Modern Society** (Leamington: Spa Publishers, 1986). Mi resumen sigue el de Francisco Colom González, en, **Las caras del Leviatán** (Barcelona: Editorial Anthropos, 1992), pp. 126-142

<sup>16</sup> He discutido este tema, rechazando la visión de un Hobbes “liberal”, en mi estudio, “¿Fue Hobbes un liberal?”, en, A. Romero, **Estudios de filosofía política** (Caracas: Editorial Panapo, 1998), pp. 215-232

soberanía como garantía de un orden capaz de preservar la existencia y determinados derechos de los individuos, frente a la amenaza disgregadora de la anarquía. El pacto protección-obediencia entre soberano e individuos se transformó, en las constituciones liberales, en un esquema abstracto pero con sentido moral y legal, dentro del cual la inicial “soberanía absoluta” se ve decisivamente menguada por la división de los poderes del Estado y los diversos sistemas de limitación de las atribuciones gubernamentales, así como de los derechos y autonomía relativa de los ciudadanos.

Ahora bien, para Neumann estas construcciones de la razón liberal yacían sobre terreno frágil, pues la relación entre derecho y poder es siempre el resultado de compromisos inestables, cuya juridicidad es en el fondo la materialización efímera de acuerdos fraguados históricamente a través de los cambiantes conflictos en la sociedad. De allí que en su reconsideración de la doctrina liberal, Neumann abordó lo que a su modo de ver ha sido “la incapacidad de las teorías jurídicas posteriores a Hobbes para justificar con argumentos liberales el ejercicio de la soberanía.” En última instancia, afirmaba, el totalitarismo fascista del siglo veinte no había hecho en el terreno jurídico sino “resucitar y servirse para sus fines del núcleo de irracionalidad oculto en la primitiva doctrina liberal de la soberanía como monopolio de la violencia.”<sup>17</sup> En otras palabras, según Neumann, el logro liberal centrado en la reivindicación de un espacio de autonomía para los individuos, y de limitación de las atribuciones del Estado, es por definición precario debido a la constante dinámica de lucha y recurrente inestabilidad que caracteriza la vida social. Por encima de ese logro liberal se suspende, amenazante y permanentemente, el peligro de un retorno del Leviatán con toda su fuerza soberana, imponiendo su voluntad sobre los indefensos individuos: “Para Neumann, la justificación del monopolio estatal de la violencia constituía en las doctrinas del derecho natural una reserva de irracionalidad, una mácula ilegítima en el ámbito de la racionalidad burguesa.” En su opinión, el fascismo había resucitado “esa racionalidad oculta y latente en

---

<sup>17</sup> F. C. González, p. 127

las teorías políticas liberales elevándola al rango de principio absoluto.”<sup>18</sup>

También Marcuse, otro autor marxista de ese tiempo, quiso ver en el totalitarismo nazi-fascista una especie de puesta de manifiesto de la “esencia” del liberalismo, pues “en el racionalismo liberal están ya preformadas aquellas tendencias que más tarde, con la transformación del capitalismo industrial en el capitalismo monopolista, asumirán carácter irracional.” El Estado totalitario, a su modo de ver, proporcionó “la organización y la teoría de la sociedad que corresponde al estadio monopolista del capitalismo.”<sup>19</sup>

¿No había, no obstante, sostenido Neumann que el Estado nazi era un anti-Estado? Su obra concluye en que si bien el Leviatán representaba el absolutismo, pero —como en Hobbes— posibilitaba un margen de autonomía al individuo que podía exigir la protección del soberano según el pacto, el Behemoth nazi encarnaba más bien el reino de la ilegalidad y el desorden normativo, reflejando así “el lado oculto” del liberalismo.<sup>20</sup> Dicho de otra manera, para Neumann —y Marcuse— el estado totalitario nazi expresaba “la verdad” del liberalismo, que era una verdad oscura, no de libertad, sino de opresión, no de autonomía individual sino de control por el poder. Paradójicamente, el peligro de que la soberanía limitada del Leviatán deviniese en soberanía absoluta no se tradujo bajo Hitler en una estructura estatal ordenada, sino en el reino del caos signado por la acción de un desenfrenado Behemoth. En cambio, bajo el totalitarismo comunista, sí pudo llegarse eventualmente a un Leviatán medianamente ordenado en lo normativo. ¿Habrían admitido Neumann y Marcuse que el comunismo, y no el nazismo, reflejó “la verdad” del liberalismo?

### 3. En torno al liberalismo y el poder prerogativo.

---

<sup>18</sup> Ibid., p. 135

<sup>19</sup> Herbert Marcuse, “La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado”, en, **Cultura y Sociedad** (Buenos Aires: Editorial Sur, 1968), pp. 14-44

<sup>20</sup> F. Colom González, pp. 135-136

Neumann focaliza especial interés en la fragilidad de los pactos sociales, y en especial en la vulnerabilidad de las sociedades pluralistas. Ciertamente, la cohesión y unidad de las sociedades, abiertas y cerradas, no está jamás garantizada ni es eterna; de por sí, esta constatación no es particularmente original. Lo verdaderamente interesante es, por un lado, definir con precisión cuáles son los rasgos específicos de los arreglos liberal-pluralistas que generan su decadencia, y compararles con aspectos de sociedades cerradas, para alcanzar conclusiones acerca de los mecanismos de sostén de cada tipo de sociedad, sus fortalezas y debilidades. Al fin y al cabo, la experiencia del siglo XX puso de manifiesto tanto la posibilidad de que los arreglos liberal-democráticos sucumbiesen al radicalismo político, y de igual manera la persistencia y coherencia de los mismos, que finalmente se impusieron en luchas titánicas contra el totalitarismo a escala global. No tiene, por tanto, mayor sentido postular que, por ejemplo, el liberalismo produce sociedades “inherentemente frágiles”, pues bien podría afirmarse que de un modo u otro todas lo son. Por otra parte, sí me parece valiosa la observación de Neumann sobre las constituciones como “mitos” o sistemas de mitos socio-culturales, observación que resalta la relevancia de los valores en los arreglos políticos y al mismo tiempo destaca la función de factores emocionales en la construcción del entorno existencial colectivo.

Es también muy cuestionable la concepción de Neumann, basada en Schmitt, sobre la democracia como homogeneidad. De hecho, la más sólida democracia de los pasados dos siglos, la democracia norteamericana, ha devenido en un orden político multiétnico, y sin embargo alcanza en los albores del siglo XXI una especie de clímax de inmenso poderío a escala internacional, preservando la Constitución que en su origen se dió la República, así como la estructura fundamental de sus instituciones y prácticas políticas tradicionales. Difícilmente puede el caso norteamericano citarse como ilustración de “fragilidad” de los arreglos liberal-democráticos, sin pretender con ello despejar las inevitables

tensiones, fallas y conflictos presentes en una sociedad compleja de semejante magnitud.

Como antes vimos, la idea marxista del fascismo como “verdad” de la sociedad liberal-capitalista tiene escaso sentido, pues para empezar deja sin explicar por qué el fascismo no puso de manifiesto esa verdad en todas las sociedades capitalistas, en especial en las más desarrolladas de la época, como la Gran Bretaña y los Estados Unidos, sino que sólo triunfó claramente en sociedades con arreglos socioeconómicos y tradiciones políticas más bien poco “liberales”, como Italia y Alemania. Los teóricos marxistas que elaboraron esta idea redujeron la complejidad de la sociedad capitalista-liberal-democrática a una especie de “esencia” abstracta que es a la vez “revelada” y “ocultada” por las diversas materializaciones de esa sociedad en distintos países y coyunturas históricas. Desde esta perspectiva, a medida que la historia avanza se despliega también de manera más clara esa “esencia” del liberalismo, que según estos pensadores marxistas no puede ser otra que el fascismo. Este planteamiento sustituye el análisis concreto de las situaciones sociales por una fórmula abstracta y desprendida de la realidad, y su objetivo no es otro que reiterar la condena marxista al liberalismo a través de su transfiguración en fascismo. En el proceso, los teóricos marxistas en cuestión distorsionaron gravemente el liberalismo, minimizando varios de sus componentes fundamentales y alterando el sentido de una tradición de pensamiento político mucho más compleja y sutil de lo que jamás podría apreciarse en las toscas interpretaciones —en esta materia en particular— de un Neumann o un Marcuse.

En este orden de ideas, cabe referirse al señalamiento de Neumann sobre otra presunta “reserva de irracionalidad” en el liberalismo, vinculada al problema de la justificación del monopolio estatal de la violencia y referida, en el caso de Locke, al tema del “poder prerogativo”. Se trata de un concepto que expone Locke en su Segundo Tratado, y que define como “un poder, en manos del gobernante, destinado a proteger el bien común, en aquellos casos

excepcionales que se desprenden de circunstancias impredecibles e inciertas, y que no puedan ser adecuadamente manejadas con base en leyes ciertas e inalterables...”<sup>21</sup> Es evidente que Locke se refiere acá a poderes “de emergencia” para circunstancias excepcionales. Neumann intenta convertir este postulado en un salto al vacío hacia el autoritarismo,<sup>22</sup> en una operación conceptual —a mi modo de ver— injustificada, en vista de la fuerza inconfundible de la posición lockeana contra la arbitrariedad del gobierno.<sup>23</sup> Como bien señala Wolin, lo verdaderamente crucial en el liberalismo es su idea de la sociedad como una especie de intrincada red de actividades llevadas a cabo por actores que ignoran todo principio de autoridad; la sociedad es un “orden espontáneo” y la acción social carece del elemento característico de la acción política, es decir, el imperativo de recurrir al poder. Este último se admite en un grado mínimo en un sentido general-filosófico, aunque es cierto que Locke permite un campo de acción a la actividad del gobierno. Lo hace, no obstante, con la renuencia propia de una tradición —la liberal— para la cual el orden político es “como un remedio modesto, de sentido común...algo así como un mejor conjunto de comodidades para quienes ya poseían casas, y no un refugio desesperadamente erigido por quienes no tenían vivienda.”<sup>24</sup>

Sostener que una tradición de pensamiento como la liberal, una tradición que nace del esfuerzo para proteger a los individuos de las pretensiones del poder político, encuentra su “verdadera esencia” en el totalitarismo fascista me parece, más que una distorsión, una parodia.

---

<sup>21</sup> John Locke, **Second Treatise of Government** (Indianapolis: Hackett Publishing Company, 1980), p. 83

<sup>22</sup> Véase, Colom González p. 135

<sup>23</sup> Locke, pp. 68, 70, 83-88

<sup>24</sup> Sheldon Wolin, **Política y perspectiva** (Buenos Aires: Editorial Amorrortu, 1973), pp. 323, 326, 328